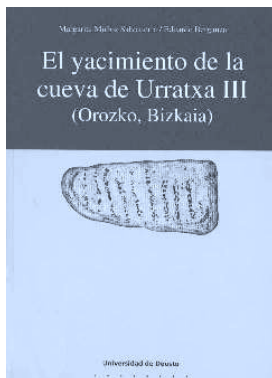


Reseña

edad de 24 años), intensa biografía. El capítulo VII se dedica a su obra pictórica, incluidos sus dibujos y por último el capítulo VIII, a sus fotografías.

Para terminar y dejando a un lado los contenidos, el formato del libro es el aspecto que más dudas me plantea. No se puede desdeñar el cuidado que ha puesto la editorial en el diseño y la calidad de las reproducciones fotográficas, tampoco la originalidad del formato elegido para la publicación, pero esto último es a mi parecer lo que más confusiones crea. Al alejarse del formato del libro tradicional, la publicación se acerca más al formato típico de los catálogos de exposiciones, (más altura que el formato libro normal y menor grosor), por lo que puede despistar al hipotético comprador, ya que la información de uno y otro tipos de libro son diferentes, y por ahora estamos acostumbrados al libro tradicional para los trabajos de historia del arte que tienen un carácter de investigación y aportación al estudio de un determinado campo como es el caso que nos ocupa.

Ismael Manterola Ispizua



MUÑOZ SALVATIERRA, M., y BERGANZA, E.
El yacimiento de la cueva de Urratxa III (Orozko,
Bizkaia)
Bilbao: Universidad de Deusto, 1997.- 272 p.

En toda investigación arqueológica se intenta ante todo obtener conjuntos ordenados e integrados, en los cuales el sistema de relaciones espaciales y funcionales entre los elementos que proporcionan el primer elemento interpretativo. Sin ese principio unificador –cada uno de los niveles de un conjunto estratigráfico–, todos y cada uno de los elementos se disgregan y difícilmente se les puede volver a integrar dentro de un conjunto. Al menos con una cierta seguridad. Este es el grave problema que plantea la cueva de Urratxa III. Su estratigrafía estaba alterada en todos los niveles arqueológicos. Este hecho, resaltado constantemente por cada uno de los investigadores en los trabajos que componen este volumen, les obligó a volcar una buena parte de sus esfuerzos en el intento de reconstrucción de la secuencia de los acontecimientos y en la búsqueda de la posible integración de los elementos en conjuntos culturales lógicos que respondan a la realidad.

La cueva había sido acondicionada y utilizada en tiempos modernos, posiblemente como refugio, para lo cual en las dos zonas de la cueva, vestíbulo y galería, se realizaron obras que alteraron todos los niveles de una estratigrafía no muy amplia. Esto sin contar con las alteraciones que, posiblemente, provocó, mucho tiempo antes el uso de la cueva como lugar de enterramiento. Los resultados de la excavación proporcionaron materiales

interesantes: cerámicas de la Edad del Bronce, restos humanos, materiales líticos y huesos de animales, tanto de especies salvajes como domésticas. Pero junto a ellos también se encontraron, en las dos partes de la cueva y en las capas que proporcionaron restos arqueológicos, materiales modernos. Esto, en principio, pone en cuestión la validez de los resultados de la excavación, ya que cada uno de esos materiales carecía de un contexto adecuado que permitiese su interpretación. Esto no significa que carezcan totalmente de valor; lo tienen, aunque en diversas ocasiones éste no sea más que indicativo.

Con estos materiales carentes de referencias estratigráficas reales, la primera imposición es intentar darles un contexto más o menos hipotético. En principio, los restos humanos y las vasijas, aunque no necesariamente tiene que ser así, parecen formar un conjunto. Ya resulta más problemático que los restos de animales domésticos tengan que pertenecer al mismo (de hecho su datación, con el valor que pueda tener, está muy alejada de indicarlo). Lo mismo sucede con los restos de animales no domesticados. Entre ellos aparecen algunos, como el *Ursus spelaeus* y los de *Marmota* sp., que indican, como mínimo, episodios del Paleolítico final, mientras que otros como *Cervus elaphus* pueden encontrarse en contextos bastante más amplios, y una especie como *Sus scrofa*, parece señalar posibles contextos postpaleolíticos. Problemas similares plantea la industria lítica. Los rasgos que la caracterizan entran dentro del contexto aziliense, aunque, según señalan los autores, algunos podrían apuntar hacia un momento algo posterior dentro del epipaleolítico. Ciertamente, los porcentajes son indicativos, y podrían integrarse desde el punto de vista tipológico dentro del mundo aziliense, a pesar de las altas cifras acumuladas en útiles como los denticulados o escotaduras. Pero –pasando por alto el hecho de que con un grupo de utensilios se pueden crear conjuntos culturales distintos–, la abundancia de estos tipos de útiles no tienen que señalar necesariamente otro momento posterior, teniendo en cuenta las actividades que, según los análisis de las huellas de uso, fueron realizadas en el yacimiento.

Un primer paso –después de la identificación de algunas de las especies– para reconstruir los conjuntos, fue la obtención de fechas que pudiesen orientar sobre los momentos de ocupación y a los que pertenecían algunos de los restos óseos encontrados. Las fechas de C 14 se agrupan en cuatro grupos: una datación más elevada de un fragmento de hueso de ciervo (10.240 ± 100 BP) que cae dentro del margen del Aziliense, un conjunto de dos dataciones obtenidas sobre hueso de bóvido y de jabalí (ó.940 ± 75 y ó.955 ± 80) que apuntan hacia un momento más tardío del Epipaleolítico; tres fechas obtenidas sobre restos humanos (3.405 ± 70, 3.475 ± 80 y 3.365 ± 80) aparecen agrupadas en un momento final del Bronce Antiguo o inicios del Medio; una última datación sobre restos de un animal doméstico –Ovis– proporciona una fecha tan tardía como el 265 ± 65 BP. Es verdad que los sistemas de datación actuales poseen una mayor fiabilidad, y pueden servir como base para la determinación de los diversos momentos de ocupación de la cueva de Urratxa. Pero otra cosa distinta es poder agrupar a partir de esas fechas cada uno de los elementos de cultura material en un momento determinado cuando han perdido su sistema básico de relaciones como conjuntos. A partir de ahí sólo es posible la comparación con otros hechos más o menos contemporáneos, y con lo que sabemos de su comportamiento. Aunque el método no puede llevar más allá de construir una hipótesis más o menos fiable.

Con bases tan frágiles de partida, los diversos investigadores han tratado de salvar todo lo que era salvable de la cueva de Urratxa III. Y lo han conseguido de una manera notable. Los análisis intentan una aproximación a diversos aspectos de lo acontecido en el

yacimiento. Los estudios preliminares sobre el estado de la caverna corren a cargo de M. Muñoz Salvatierra y Eduardo Berganza, los cuales realizan también el estudio tipológico de las piezas líticas y de las escasas muestras de la industria ósea. Estos estudios son complementados con el análisis de los métodos de talla y de las huellas de uso realizados por J.E. González Urquijo y J.J. Ibáñez Estévez. El análisis de los aspectos materiales del canto pintado fue realizado por M. García Díez. Los estudios de la cerámica se deben a R. Ruiz Idarraga. Los del material silíceo a A. Tarriño. Los restos de animales fueron analizados por P. Castaños y los de la avifauna por M. Elorza. El estudio antropológico fue realizado por C. de la Rúa, M. Cuende, L.M. Durán y N. Izagirre.

De este modo, los datos objetivos que resultan del estudio se integran en una reconstrucción hipotética, pero que resulta coherente. Otro caso es el del valor que se le quiera otorgar. Todo ello lo percibimos en el momento en que analizamos las conclusiones a que se llegan en los diferentes estudios. Es perceptible su coherencia dentro del margen de posibilidad que permite la investigación en un yacimiento con estas características. Pequeños grupos de cazadores que visitan la cueva, en algunos momentos no totalmente determinados, con el posible fin de la caza y aprovechamiento de los recursos captados. Esto es deducible del escaso número y de los tipos de utensilios hallados (el total de útiles líticos es de 273), de las actividades desarrolladas, conocidas a través del estudio de las huellas de uso, que apuntan sobre todo hacia el tratamiento de pieles frescas y trabajos sobre madera, que en algún caso parecen ir algo más allá de la simple reparación de utensilios. El tipo de especies presentes –al menos *Cervus* para el Aziliense y Bóvido y *Sus* para el Epipaleolítico más avanzado, según indican las fechas de C14– señalan también la misma dirección. Pero aunque es probable que en los dos posibles momentos de ocupación –Aziliense y Epipaleolítico posterior las actividades fueran las mismas, dadas las características y situación del yacimiento, es imposible precisar mucho más sobre cada una de ellas.

En la Edad del Bronce el uso de la cueva fue esencialmente funerario. Esto parece quedar claro por la presencia de restos humanos y cerámicas. El conjunto es más homogéneo y permite una mayor seguridad en las afirmaciones. Los análisis de ADN indican una gran variabilidad en el esquema genético de los individuos allí enterrados lo cual permite apuntar hacia grupos trashumantes con relaciones amplias.

Otra cuestión es la relativa al interesante canto pintado. Por desgracia, en el escaso repertorio de este tipo de elementos en el Cantábrico, son muchos los que han desaparecido o no tienen un contexto estratigráfico claro, o bien carecen totalmente de él. En este caso no hay ninguna duda de que se trata de un canto intencionalmente pintado, con un motivo característico dentro del conjunto pirenaico, pero no observado aún en sitios azilienses cantábricos, en los que la "iconografía" es muy pobre. Su paralelo más próximo dentro de la Península sería con el de Filador, y no va más allá del hecho de que aparecen en ambos casos líneas rojas paralelas. Pero mientras que en Urratxa III son paralelas ligeramente oblicuas transversales al eje mayor del canto, en Filador son longitudinales. Sin embargo, el problema es que este tipo de arte no se limita a ser sólo una expresión del Aziliense. Algunos elementos de este tipo los encontramos en el Asturiense de Mazaculos II, o ya en el Levante las numerosas placas del horizonte II de la Cocina. Con lo cual no conseguimos que el repertorio cantábrico en este tipo de manifestaciones artísticas aumente con claridad y certeza.

Juan A. Fernández-Tresguerres Velas